

El cuentista y el chico

Tomas Cardenas Palau



Capítulo 1

Bill sentía que lo había perdido todo. Aquella mañana apenas si pudo terminarse el café.

Había pasado hambre y necesidad. Luchó contra sus padres que siempre quisieron un brillante futuro para su único hijo, luchó contra sus profesores que simplemente veían a un muchacho caprichoso encaprichado a un sueño infantil e imposible, pero Bill resistió. Arremetió contra la sociedad que lo marginó y siguió su sueño de ser escritor contra viento y marea. Fueron y vinieron trabajos forzados y mal pagados solo para poder subsistir y lograr conseguir una pensión barata donde pudiese vivir como pudiese y dedicarse a escribir.

En un principio lo hizo todo por el mero arte. Era algo natural, salía de el mismo como el rugido surge de las fauces de un león. Pero con el tiempo, aquella parte del cerebro y la psique humana relacionada con el deseo de reconocimiento fue haciéndose más y más latente a medida que escribía. ¿Virtud o fama?, no lo sabía con claridad, pero seguía empeñado en su labor. Tocó las puertas de varias editoriales y revistas de la ciudad y del país, pero todas fueron contundentes en su respuesta: No. Quizás unas fueran más amables y dieran un mensaje de "Sigue intentando, tienes talento, pero falta un poco más para alcanzar lo que buscamos", pero al final siempre acababan en la negativa. Luego de pasados cinco años desde que abandonó su carrera en leyes y emprendiera dicha empresa literaria, sus padres al ver su rechazo de retomar el camino profesional, decidieron que ya no le darían ni lo necesario para vivir; en definitiva, ya no era hijo de ellos.

Cinco años donde no avanzó nada y sus escritos se acumulaban al lado de la vieja máquina de escribir Olivetti que había comprado con unos ahorros. Trabajaba por las noches y a lo sumo dormía unas pocas horas para luego hacerse una buena taza de café y empezar a teclear sin control las innumerables historias que llegaban a su mente. Al ver las negativas de editoriales, probó con concursos literarios patrocinados en revistas y periódicos, pero los resultados no distaron mucho de los obtenidos anteriormente. Bill solo podía golpearse la cabeza y apretar los puños cuando observaba que algunos de los que para él eran sus mejores escritos eran superados por otros con nombres tan estrafalarios como "La serpiente con colmillos de humo" - ¿Colmillos de humo?, pero de que puta mierda puede ir un cuento con ese nombre. Al menos que me revele los misterios del universo, por Dios -exclamaba furioso al leer los dictámenes de los jueces.

Pero aquella mañana, aquella mañana de febrero y con el café aún humeante, supo que en realidad siempre tuvieron razón sus padres y maestros y, que aquel sueño infantil de ser un literato era eso, un sueño,

pues, no pudo y de su mente no brotó ni la más mínima pizca de inspiración. Había tenido bloqueos de escritor, claro, pero ese día supo que no superaría aquel muro instalado en su mente. Releyó sus viejos escritos buscando retomar ideas o inspirarse en sí mismo, más, sin embargo, sus propios cuentos le parecieron lo peor que alguna vez hubiese leído nunca.

-Es el fin. Todo acabó -se dijo a sí mismo mientras terminaba su taza de café.

Salió de su vieja pensión y caminó sin rumbo fijo como un recién graduado de loco con la mente hecha un enorme garabato y el corazón reducido a un puño. ¿Qué haría ahora? ¿De qué viviría? ¿Cómo recuperar el tiempo perdido?

Bill nunca había sido una persona especialmente alegre. Más bien oscilaba entre una especie de bienestar y enormes depresiones. Pero eso nunca lo había detenido. Es más, de ellas sacaba algún tipo de inspiración. Aunque, aquella mañana, la depresión que lo abrumó fue mayor que nunca, más asfixiante e insufrible. Entonces lo supo bien cuando llegó a un pequeño parque y se sentó en una banca: era momento de acabar con su vida.

Los cómo eran ahora lo que rondaba su cabeza.

La principal idea que se le ocurrió fue colgarse de una viga de madera que atravesaba de lado a lado la habitación donde dormía. Fácil y sencillo, tal vez algo inquietante, pero sabía que no duraría batallando más de unos pocos minutos. La otra era más sucia pues constaba de abrirse las venas. Era bien sabido que para que fuese efectivo tenían que abrirse de manera longitudinal, pero Bill era más bien cobarde y autoinfligirse tales heridas y ver como su propia sangre se escapaba de sus venas era algo más bien truculento.

-Quizás alguien encuentre mis escritos y me convierta en un autor póstumo -pensó en voz alta mientras seguía analizando como acabaría su vida.

En ese momento, un muchacho, joven, recién graduado de la escuela tal vez, se sentó en su banca.

-Buenos días -saludó el muchacho.

- ¿Qué tal? -correspondió Bill al saludo, pero sin darle muchas largas.

Otra idea podía ser aventarse a algún vehículo, quizás a un autobús, pero aquello le estremeció pues era bastante impactante y, sobre todo, cabía la posibilidad de quedar vivo y eso no era algo que quisiese. Por último, pensó en la muerte más tranquila de todas: ingerir muchas pastillas para

dormir y quedarse eternamente en la inmensidad del sueño, pero necesitaría conseguirlas y eso era algo que no sabía muy bien cómo hacer.

- ¿Es un bonito día, no cree? -dijo el muchacho sentado junto a él.

Bill lo observó: el joven no lo veía directamente a él, sino que fijaba su atención en el entorno que lo rodeaba. Parecía estar distraído con las idas y venidas de los transeúntes que atravesaban el parque: algunos con perros sacándolos a hacer sus necesidades, otros en parejas conversando o siendo románticos, y unos cuantos marginados fumando y pensando en sus asuntos. Sin embargo, ahí estaba, hablándole y Bill que apenas si podía escapar de su propia mente.

-Sí, ya lo creo que sí -contestó el hombre.

-Sabe, ver a la gente es muy interesante y enriquecedor. ¿Ve sus rostros? Solo viéndolos puede darse cuenta de que cada uno está en su propio mundo, pensando en mil cosas, en sus problemas, en sus parejas, en dinero, en comida, en trabajo. En cualquier cosa. Para mí es simplemente fascinante.

Bill lo miró y luego dio un rodeo con los ojos al parque. Sí, tenía razón aquel muchacho, era algo "fascinante" quizás por el hecho de que hay gente con historias, historias que pueden ser escritas. Entonces la idea surgió como una erupción volcánica. Podría sacar inspiración de esa gente. Sí, alguna vez lo leyó en algún libro: un escritor no es más que una enorme antena. ¿Cuál sería la historia de aquel peculiar joven?

-Mucho interés en la gente. ¿Estudias periodismo o algo? -preguntó Bill fijándole su atención.

-No realmente. No inicio mis estudios profesionales. La verdad estoy debatiéndome entre ser profesional y seguir -hizo una pausa -, no se como llamarlo. Iba a decir *sueño*, pero más bien digamos que es un *instinto*.

- ¿De que trata? -Bill se sintió algo entrometido al lanzar la pregunta, pero está ya había salido de sus labios.

El muchacho sonrió y agachó la cabeza -Verá siempre he tenido este enorme deseo por escribir.

Bill quiso echarse a reír. Pero a carcajadas. ¿Era acaso una broma? Un muchacho joven como él alguna vez lo fue y con el mismo deseo torpe que ahora viéndolo fracasado lo empujaba a pensar en formas de acabar

con su propia vida.

-Estudia -dijo sin contemplaciones, firme, casi ordenándolo.

El muchacho lo miró con una de sus elegantes y finas cejas levantada -
¿Por qué lo dice?

Bill suspiró -Experiencia, muchacho. La verdad es que a veces los sueños no son más que eso, sueños. Estudia, ten una carrera, trabaja y consigue algo de estabilidad financiera, y entonces, solo entonces podrás cumplir cualquier sueño que tengas siempre con los pies plantados en la tierra y con el dinero en el bolsillo para que no falte la comida en tu boca.

Hubo un silencio entre ambos. El muchacho volvió su atención nuevamente a la gente que iba y venía. Bill también se distrajo en el paisaje. Por un momento se sintió como sus padres o sus maestros, pero tenía razón, ellos habían tenido siempre la razón.

-Quizás tenga algo de razón -prorrumpió el muchacho y se giró para verlo.
-Quizás no tenga lo que se necesite. ¿Usted tiene o tuvo un sueño?

Bill no pudo evitar reflejarse en todo su ser en aquel chico. Era él. Era como si hubiese vuelto atrás en el tiempo y ahora tenía la oportunidad de salir de aquel bache en el que estaba: pobre y fracasado en la vida y en el arte.

-Sí. Tuve tú mismo sueño.

- ¿De verdad?

Asintió.

- ¿Qué pasó?

-Dejé mis estudios. Me fui en contra de todos, incluso de mis padres. Seguí cada uno de los consejos que esos vende-humo de la "autosuperación" afirma y me fui a la caza de mi Moby Dick, ¿pero sabes que encontré, muchacho? Hambre, mucha hambre, frío, soledad y decepción, frustración e intensa ira. Literalmente estoy muerto en vida por mi arte.

-Pero así sucedió con todos los grandes artistas, ¿no? Bukowski, Van Gogh. Fueron rechazados y aún así siguieron y persistieron y ahora, son un ícono, un símbolo.

-Puede ser. Más, sin embargo, ellos tenían algo.

- ¿Qué?

-Talento.

El muchacho apretó los puños, Bill lo observó. Tenía un semblante jovial y bastante agradable, pero notó como aparecían unas betas rojas en su rostro blancuzco.

- ¿Cómo sabe usted de talento?

-Nadie lo sabe -sentenció Bill. -El talento es algo con lo que naces, más no sabes que lo tienes. Es así chico. Es una bengala en un oscuro bosque. A veces sale alguien en tu ayuda y, la mayoría de las veces, lo más probable es que mueras ahí esperando.

La gente los veía charlar como si fueran dos viejos conocidos. Sopló una brisa proveniente del oeste y el silencio volvió a reinar entre aquellos dos sentados en esa banqueta, en ese concurrido parque. Bill se había sentenciado el mismo. "Muerto en vida por el arte" sí, solo faltaba que en verdad muriese.

-Tal vez viendo y viendo a la gente pasar o conociendo a alguien escribas un gran libro -sentenció Bill dando por terminada aquella peculiar charla y poniéndose de pie. -Pero sigue mi consejo.

-Espere -lo detuvo el muchacho cuando ya iba a empezar su caminar.

- ¿Dime?

- ¿Cómo se llama?

- ¿Eso que importa?

-Solo quiero recordar a quien me dio una enseñanza.

-Bill Gasset -respondió y siguió su camino.

Volvió a su desvencijada pensión. Se sentó frente a la vieja Olivetti y empezó a teclear. Solo salió un boceto, una descripción algo vaga sobre el muchacho que había conocido en el parque, pero ya no había duda, todo acabó. Renunció a su trabajo de las noches y ordenó sus escritos en un pequeño montículo que ató con hilo y dejó perfectamente ordenado al lado de su vieja máquina de escribir. Miró la viga de madera sobre él. Saltó y se aferró a ella por unos instantes y comprobó que lo sostendría. Salió a una ferretería y compró un buen trozo de cáñamo lo suficientemente largo y firme para matarse.

No habría cartas de despedida ni lamentaciones.

No habría lágrimas, ni flores, ni cartas, ni palabras bonitas sobre lo que alguna vez fue Bill Gasset. Solo un pobre tipo que se equivocó en el enorme camino de la vida. La historia lo olvidaría en un parpadeo.

Lanzó la cuerda y apretó el nudo sobre su cuello. Hizo caer la silla de apoyo y sintió como su garganta se cerraba con fuerza. Bill Gasset quedó reducido a un cadáver que oscilaba lentamente de un lado a otro.

A los pocos meses el joven de la banca recibió la noticia que esperaba: Su novela había sido ganadora del premio nacional de literatura.

“Conmovedora”

“Una enternecedora historia de sueños, decepciones y triunfos”

“Combina perfectamente el arte del buen escribir y el manejo de emociones fuertes”

Eran algunas de las opiniones de la crítica especializada sobre su novela. La novela de un escritor que lograba triunfar a pesar de las adversidades. El protagonista de esa novela llevaba por nombre Bill.